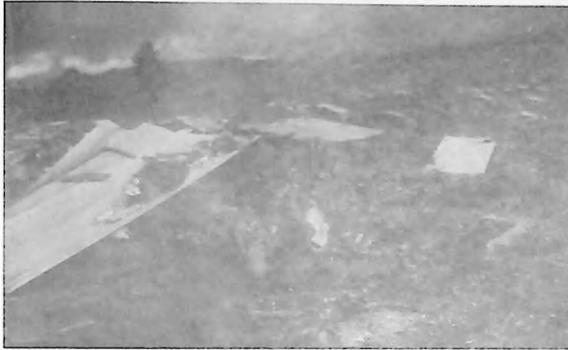


EL PARAÍSO PERDIDO: RUPTURA Y NUEVAS CONTINUIDADES

Paloma Escalante Gonzalbo



Mujeres del campamento. (Foto: Paloma Escalante)

Introducción

El trabajo que ahora presento es el resultado de varias experiencias de campo (1982-83, en el área de Soconusco y San Marcos; 1984, durante el traslado a Campeche y Quintana Roo; 1987, durante una visita y entrevistas para radio en los campamentos del área de Trinitaria y Tziscaco y de Campeche) y el fruto de una reflexión teórica realizada a partir de esas experiencias. No se trata de algo acabado, sino de algunas ideas que están sujetas a discusión, pero que pienso que pueden ser útiles para pensar el problema de la identidad étnica y nacional de la población refugiada y, quizá, en algún momento, como propuesta para replantear la relación hacia ella por parte del Estado mexicano.

El problema de la identidad

La identidad y la cultura, más que derechos, son elementos definitorios del género humano. El hombre, porque es hombre, se relaciona y se identifica con los otros hombres y participa de una cultura. Pueden haber muchos niveles de la identidad, desde el identificarse con el "género humano" hasta el identificarse con una familia o una persona. El hombre, inevitablemente, se identifica con algún grupo de hombres y se diferencia de otros, y el "otro", el "distinto", al enfrentarse, fortalece el sentido de identidad y el sentimiento de lo propio.

El problema de la identidad, sin embargo, es muy complejo y se puede abordar desde

muy diversos puntos de vista y disciplinas. Para simplificarlo y encontrar una vía de entrada, en este trabajo lo consideraré el identificarse con algo o alguien, lo que implica la existencia de un grupo identificante (sea éste de la magnitud que sea).¹ Desde esta perspectiva, aún hay que hacer algunas especificaciones:

Al hablar de lo "étnico-nacional" se implican dos realidades, complementarias, pero distintas. Puesto que la nación es una construcción política, la identificación con ella es un proceso también político, y supone una relación social política de dos sentidos: del individuo al Estado, que articula a la nación, y del Estado hacia los individuos que lo integran y constituyen propiamente a la misma nación. Esta relación, a la vez genera y se ve modificada por una cultura política.²

La identidad étnica es más bien, una construcción cultural que responde a un proceso profundo, que se inicia antes de que el individuo

¹ Referencia en Pizzorno, "La racionalidad de la democracia"

² Notión de cultura política como lo referido a la participación en la toma de decisiones públicas como conjunto de normas, valores, códigos, etcétera, referidas a lo político. Almond y Verba, *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1963

nazca y se desarrolla durante todo el proceso de su vida y socialización; se refiere a las raíces, a los orígenes, a las relaciones familiares y, en general, de parentesco. La identidad étnica supone identificarse con un grupo que tiene una historia, una tradición, una visión del mundo que se comparte. Algunos elementos de la identidad étnica se materializan en productos culturales, que fungen como símbolos de la identidad, como objetivación de esa identidad sentida, que serían aspectos como la indumentaria, las artesanías, las fiestas y los rituales. La lengua propia de un grupo constituye uno de los elementos más profundos de identificación y es mucho más que un mero medio de comunicación; es un conjunto de símbolos y significados compartidos que sirven para transmitirse una determinada visión del mundo que, como tal, sólo puede expresarse en esa lengua precisamente; cualquier traducción es una adulteración de los contenidos profundos de la cosmovisión que dio origen a este lenguaje.

Sin embargo, en la sociedad contemporánea no es posible evitar las traducciones, por más que sean adulteraciones y no puede concebirse ni una identidad pura, ni una identificación política pura. La cultura política de los grupos está marcada por las relaciones políticas inevitables con un Estado nacional. Este último aspecto, por otra parte, no es novedoso, se ha dado siempre a través de la historia, y en los grupos indígenas se dio como una simbiosis brutal con una conquista española. ¿Lo que hoy es ya identidad étnica, es fruto de aquel encuentro o cataclismo?, pero en fin, esto no es lo que nos ocupa ahora.³

Especificidad del problema de los refugiados

Si este planteamiento se puede hacer para cualquier grupo étnico, en una situación más o menos estable, pero que ve su visión del mundo afectada por cambios en los modos de producción, tenencia de la tierra, etcétera, hay un elemento fundamental y distinto que tomar en cuenta en el caso de los refugiados: un elemento que pertenece al ámbito de lo político pero que afecta a toda la vida, porque supone la ruptura, la violencia total, la destrucción. El orden cósmico todo se vio subvertido, el pueblo fue arrancado de su madre tierra, la vida fue destruida por otros hombres, las familias fueron desmembradas... La brutalidad y profundidad de estos hechos obligan a considerarlos parteaguas: un nuevo punto de partida, un nuevo origen y fundamento de identidades.

³ Vale la pena profundizar este punto en Severo Martínez Peláez, *La patria del cróllo*, México, UAP, 1973.



Capilla mixta en la que se celebra el culto a todas las religiones que se profesan en el campamento Santa Rosa. (Foto: Paloma Escaiante)

Hablando con los refugiados en los diversos campamentos y, con mayor libertad, fuera de ellos, la narración una y otra vez del apocalíptico hecho es recurrente. Es como si quisieran gastarlo de tanto contarlo y que de pronto se borrara, pero está ahí y está para quedarse, en lo más profundo del ser de quienes lo vivieron y de sus hijos. Las narraciones escalofrantes de muertes, de torturas, de persecución, de fuego, son muy parecidas y creo que el sentir generalizado se expresa bien en estas palabras de un sobreviviente de la matanza de San Francisco, del campamento de Cieneguitas:

... Y toda la gente se dio cuenta de todas estas cosas terribles, salvajes, pues todo mundo dijo: 'Ya no esperamos más. ¡Afu-

ra!" Y aunque hubiera las cosas que hubiera, porque la gente dejó, perdió muchas cosas de valor, máquinas de caña, máquinas de escribir, máquinas de costurar, muchas puses que tenían en sus casas. El ejército recogía todas esas cosas de valor, se las llevaba y echaba fuego a las casas...

Después del desastre, para quienes salen, queda la vida anterior como un pasado remoto que se idealiza, un "paraíso perdido" que es la tierra y la vida anterior, aunque no fuera de hecho ningún paraíso de abundancia; y desde allí, los elementos que subsisten al desastre, pero que desempeñan en la cons-

trucción de la nueva identidad un papel distinto del que tenían antes; a esto me refiero con "nuevas continuidades". Los elementos que permanecen son de distinta índole y van desde la lengua, que aún se habla entre el grupo que sale unido, pero que no tiene palabras que definan la nueva realidad y que no sirve a los mismos fines, porque ahora hay nuevas necesidades de comunicación, hasta la religión y el culto, que se mantienen y a los que el grupo se aferra fuertemente en busca de una nueva explicación, o el huipil que se guarda en un arcón, con una foto vieja y algún otro recuerdo de familia.

El migrante económico presenta características muy distintas, tiene otra actitud, la de quien busca la tierra de promisión, y otra historia: probablemente el hambre lo corrió, pero tiene la esperanza de satisfacerla y la salida fue más o menos decidida por él. Los corridos por la muerte y el fuego idealizan lo perdido y encuentran muy difícil la integración a otra sociedad. ¿Cómo definir entonces la nueva situación? ¿Se puede hablar de persistencia de la identidad étnica?, ¿de la nacional?, ¿de resistencia?, ¿con qué y con quiénes se identifica ahora? Existen el derecho y la necesidad de la cultura, pero ¿de qué cultura?

Análisis y perspectivas

Si se puede pensar aún (yo no lo creo) que hubiera quienes no tuvieran conciencia de ser guatemaltecos sino sólo chuj, mam, canjobal, etcétera, y que no consideraran relevante la presencia de la frontera con México ni encontraran diferencia entre la nacionalidad mexicana y la guatemalteca, todo eso se definió tajantemente en el momento de la violencia. Ellos sufrieron por ser indios, pobres y guatemaltecos, mientras que los indios pobres pero mexicanos no sufrieron lo mismo; estos les ayudaron en algunas ocasiones, en otras les dieron la espalda, porque al ayudarlos corrían su misma suerte. Pero el hecho es que eran "los otros", eran distintos, y no por etnia o clase social, sino por una realidad política que los definía como pertenecientes a otro Estado, como miembros de otra nación.

En este punto se vincularía la reflexión con el "derecho al retorno" y con el problema de los derechos humanos en Guatemala. ¿Qué significan el retorno o la pertenencia en términos de la identidad y la cultura? Nuevamente el carácter de las relaciones políticas es el dominante: el retorno es a Guatemala, pero no a su tierra, no a sus raíces o a su pueblo.⁴ Este



La Gloria. La vivienda no pierde nunca su aspecto provisional. campamento. (Foto: Carlos Melesio)

⁴ La mayoría de las tierras de los refugiados han sido reparadas, vendidas, sus pueblos destruidos, ellos tienen conciencia de que prácticamente no tienen posibilidad de recuperarla.

retorno, además, destruiría el mito del "paraíso perdido"; el paraíso ya no existe, ni puede existir, y no habría más remedio que reconocerlo.

Por otra parte, ¿qué significa quedarse pensando siempre en la utopía del retorno y conscientes de "no pertenecer", en la situación en que está el refugiado, que puede estar más o menos seguro del respeto de su derecho a la vida, pero a casi nada más?⁵

Esto no quiere decir que se dejen de sentir chuj o quiché o el que sea su grupo, ni que pierdan una cantidad de rasgos culturales profundos, que corresponderían a procesos mentales de larga duración.⁶ Pero estos rasgos, como todo lo que he llamado "productos culturales" u "objetivaciones de la identidad", cambian ahora de significado y de sentido. Se establece un nuevo código, compartido sólo por los que salieron, ya no por los que se quedaron, ni por los que eran ellos mismos antes de salir: no es lo mismo hablar quiché en el Petén que en un campamento de Chiapas, no significa lo mismo un huipil que se usa todos los días, como lo usa todo el resto del pueblo, que guardarlo en un baúl en el campamento y sacarlo el día de fiesta. De esa fiesta que



Primeros campamentos de refugiados. (Foto: Gerardo Moctezuma)

⁵ Se podría hacer una diferencia entre la situación de los niños y la de los adultos, así como entre quienes están en Campeche o Quintana Roo, cuyos hijos tienen nacionalidad mexicana y estudian con planes mexicanos, y quienes están en Chiapas, en esta situación que hace diez años es provisional y cuyos hijos estudian con planes guatemaltecos, pero hasta ahora no cuento con la información necesaria para hacer esta diferenciación.

⁶ Me refiero a la idea de larga duración tal como es utilizada en la "Escuela de los Annales".

se hace un esfuerzo por conservar, pero a la que se incorporan los elementos y las personas ahora disponibles y que adquiere un nuevo sentido, quizá el de mantener vivo un recuerdo que pueda servir como esperanza.

La vida política se ve fortalecida sin necesidad de buscarlo, es inevitable. En los campamentos se relacionan directamente con el Estado

mexicano a través de diversas instituciones de ayuda o control, y con instituciones internacionales. La participación en la toma de decisiones referentes a lo público dentro del campamento, se da a partir de una nueva forma de organización y nuevas autoridades. El carácter de "ciudadanos" de un país distinto de aquel en donde están se vuelve muy importante, pues determina los derechos a que pueden aspirar.

La combinación de elementos étnicos y políticos con estas nuevas características y con un carácter siempre de transitoriedad da lugar a una nueva forma de identificación, pero hoy por hoy impide u obstaculiza el proceso de reintegración de una identidad étnico-nacional, salvo como permanente negación. El "derecho a la cultura" está prácticamente negado por la situación política real.